

# VIRIATO

## SUS TEATROS DE OPERACIONES

por ALFREDO KINDELAN DUANY  
Teniente General  
De la Real Academia de la Historia

Está por escribir la Historia de España. La que conocemos está plagada de confusión, de errores y de inexactitudes; por efecto conjunto de varias causas, especialmente el haber sido escrita por plumas extranjeras, enemigas nuestras. Las que no lo fueron, bebieron en tales fuentes adversarias y, además, las más ignoraban la psicología del pueblo español, y hasta su Geografía. Los nuestros fueron, hasta el siglo XIX, meros copistas que trasladaron a sus libros los errores y aun las calumnias de los otros; lo que parecía una aceptación tácita de los mismos. Lo hacían probablemente de buena fe, sin darse cuenta del daño que hacían a su país y a la verdad histórica. Bien conocido es el que causó, sin proponérselo, el Padre Bartolomé de las Casas.

Las cosas van cambiando mucho en estos años; pleclaros historiadores, nacionales y extranjeros, amantes de la justicia y de la verdad, se han dedicado a realizar una labor reivindicadora, bien documentada; enalteciendo a España y rectificando errores e injusticias históricas.

No trato, en este artículo, de corregir un daño ni de reivindicar una figura histórica vilipendiada, sino, tan sólo, de rectificar un puñado de errores; trayendo a Viriato a su verdadero teatro de operaciones, desde el erróneo a que la pseudo historia lo llevara hasta hoy.

Las grandes virtudes de este héroe han sido unánimemente reconocidas por Tito Livio, Polibio, Floro, Eutropio, Diodoro, Velejo Patérculo, Justiniano, Silvio Itálico, Orosio, Valerio Máximo, Cicerón, Appiano y otros varios escritores griegos y latinos; todos lo elogiaron. Diodoro escribió: «Era justo en la repartición de lo ganado; recompensaba a cada uno, según su mérito, sin reservarse para él ninguna porción de bienes. Así los lusitanos le eran fieles y le honraban como salvador y bien-

hechor.» Y más adelante precisa: «Su sencillez igualaba a su valor. Triunfador, muchas veces, de los romanos, no se le vió jamás cambiar de armas, de vestido o de género de vida; siempre como en su primera batalla, de suerte que el último de sus soldados parecía más que él» (1).

Cicerón lo alaba: «Era sobrio, continente, dormía poco, soportaba cualquier género de trabajos y peligros y jamás se dejó arrastrar por los placeres» (2). Justino dice de él: «En todos los siglos, los españoles no han tenido un General tan grande como Viriato» (3); Frontino también le alaba. «Varón de calidad acérrima», le llama Floro; «Rómulo español», Silvio Itálico; «Aníbal de los bárbaros», Appiano.

Era, en cierto modo, superfu tal reconocimiento de virtudes. Mantener a raya durante casi tres lustros a las legiones romanas, venciendo a sus mejores generales, hasta obligarles a firmar pactos vergonzosos; tener Roma que acudir al soborno y al asesinato, como único medio de acabar con él, son suficientes testimonios de la valía sin par de un guerrero, del que dice, acertadamente, el docto historiador Arenas: «Logró, en un época tan pródiga en grandes figuras, como los Scipiones, los Gracos, los Catones, Aníbal y Asdrúbal, hacer que exalten sus méritos todos los historiadores adversarios; debió ser de gran talla y méritos sobresalientes, para merecer pasar a la posteridad.»

Es verdad que, tan unánimes como en la loa, lo están los escritores latinos en tildar de ladrón a nuestro héroe. No merece la pena refutar este calificativo; extraño modo de robar, sin afán de lucro personal; sin reservarse una sola moneda de lo ganado en buena lid. En todo tiempo, es sabido, que lo que para el vencedor fué lícito botín, fué para el vencido despojo oprobioso.

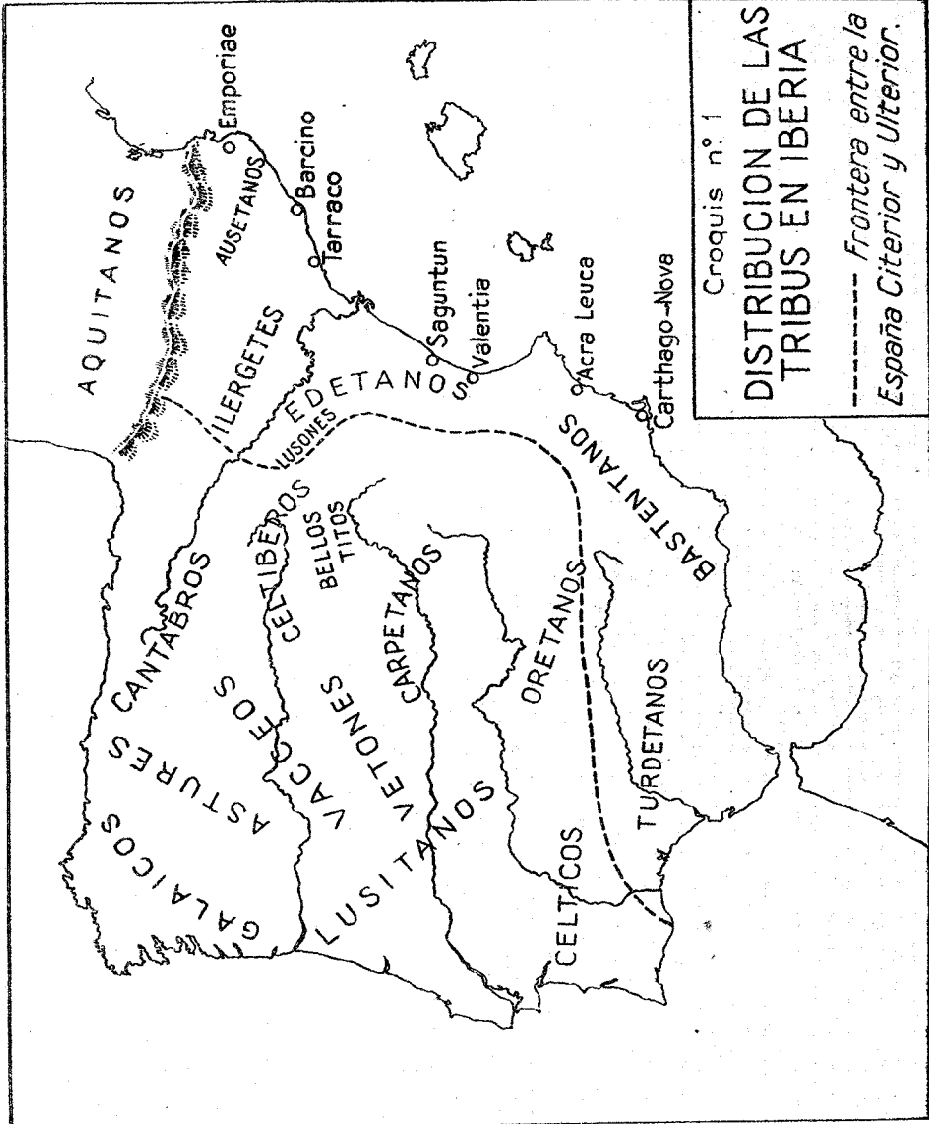
En contraste con la unanimidad en apreciar sus cualidades reina la mayor discrepancia en cuanto a su nombre. *Borianzos*, le llama Diodoro; *Buriatzos*, Suida; *Ouriatho*, Estrabón; *Uriatho*, Appiano; otros *Viriatus* o *Viriato*. Sea cual sea su verdadero nombre, lo que está fuera de dudas es que fué el más grande de los caudillos que osó enfrentarse con el poderoso enemigo romano; superior a Vercingetorix, a Arminio, a Cesaros, a Caros, a Retógenes; sólo Aníbal se le puede comparar.

Es posible que, del texto de este artículo, se deduzca que Viriato nació en la Lusitania Celtíbera del Mediterráneo y no en la portuguesa

(1) *Excerpta de Virtutibus et vitii*, págs. 592, 593, 497 y 498.

(2) CICERÓN: *De officiis*, Ib., II, tit. 2.º

(3) JUSTINO: *Historia*, pág. 44, núm. 1.º «In tanta soeculorum serio nullus illis dux magnus propter Viriatus.»



del Atlántico. Tal cosa, ni quita ni pone gloria a la figura del caudillo, ni tampoco a ninguna de las dos naciones hermanas que hoy comparten la Península Ibérica, habitada en aquellos remotos tiempos por tribus, cuyas fronteras no coincidían con las actuales hispanoportuguesas. No tema la suspicacia de algún portugués que yo intente usurparles su más preciada joya. ¿Para qué? Bien está donde está. Para mí, como para el inclito Oliveira Martín, tanto monta Portugal como España; son de una y de otra las glorias de nuestra común protohistoria, y aun otras muy posteriores. No voy, por tal razón, a profundizar en el tema del lugar de nacimiento, que no es el de este trabajo.

### PROTOHISTORIA IBÉRICA

Mi vocación por los estudios históricos y mi amor a España, combinados, me llevaron, naturalmente, a sentir especial predilección por los de la historia de mi Patria —tan interesante— y, dentro de ella, por sus comienzos; por su protohistoria, que se inaugura con aquella magnífica epopeya de las luchas hispanorromanas, que llenaron los dos últimos siglos de la Era Antigua y medio de la Nueva. Epopeya que puede compararse en grandeza con las posteriores de la Reconquista y de la conquista de América.

Si se quiere buscar las esencias del alma de un pueblo, hay que ir a encontrarlas en sus mismas fuentes históricas, hasta los orígenes creadores de la nacionalidad. Los pueblos muestran sus verdaderas esencias, sus cualidades, en el ingenuo, magnífico, impudor de su infancia.

En varias conferencias, así como en libros y revistas, he exteriorizado mis preferencias por esos temas; proclamando mi opinión de que el español de hoy es un celtíbero, apenas mestizado por el cruce con fenicios, romanos, godos, bizantinos, árabes y bereberes. He aquí razonada y justificada mi preferencia por esta parte de la Historia de España, en que me ha permitido rectificar algunos errores que encontré en la misma.

Uno de ellos trato de rectificar en este artículo: el del verdadero teatro de operaciones de las guerras que sostuvo Viriato contra Roma, que la mayoría de los historiadores, antiguos y modernos, sitúan en territorio portugués, a causa de un error inicial en alguna de las fuentes clásicas.

De un estudio desapasionado y cuidadoso de los textos antiguos que hasta nosotros llegaron, se deduce que toda la actuación guerrera

de nuestro héroe se desarrolló en la Celtiberia, sin que haya la menor constancia de que, en todos esos años, fuera una sola vez a Portugal, ni aún para una corta vacación; ni que se aproximase a menos de cuarenta leguas de la actual frontera hispanoportuguesa; no habiendo traspuesto en sus correrías el meridiano de Talavera de la Reina. Pudo nacer en la costa del Atlántico; aunque sorprende un poco que, en aquellos tiempos, en los que los hombres pasaban toda su existencia en su propia tribu, apareciera un guerrero lusitano atlántico en plena Celtiberia, a 700 kilómetros de su país natal; y que fuera aclamado caudillo de un nutrido contingente de celtíberos. Esto tal vez explique el error geográfico sufrido por muchos historiadores, situando el teatro de la guerra en Portugal.

Al seguir, en las antiguas fuentes, el curso de las operaciones, se tropieza con dificultades insuperables, de explicación imposible. Estas desaparecen, en cambio, por completo, si admitimos la existencia, en los últimos siglos de la Era Antigua, de una Lusitania Celtíbera, mediterránea, distinta de la atlántica; ubicada en tierra aragonesa, hacia Molina de Aragón, sin conexión alguna con su sinónima occidental.

Alargaría con exceso este artículo que yo tratara de explicar cómo se produjo tal coincidencia toponímica. Pudieron ser los celtas de la segunda invasión —siglo IV a. J. C.—, en su marcha hacia el Oeste, los que dejaron huella de su paso por tierras aragonesas, dando nombre a una tribu; para luego repetirlo en otra del proceso invasor. Pudo ser también, que en la marcha en opuesto sentido, de Occidente a Oriente, realizada por los cartagineses para rechazar a los romanos, que se habían apoderado del litoral mediterráneo, alguna tribu diera, nostálgica, el nombre de su tierra de origen al lugar en que se estacionaron. Cabe también, por último, que su aparición obedeciera a una deportación, por castigo o por recompensa, para dar mejores tierras a los deportados. A este caso alude, posiblemente, Tito Livio, cuando dice: «No lejos de Colenda, habitan unos celtíberos, a los que, años antes, cuando Mario luchaba contra los lusitanos, había instalado allí, dándoles tierras; con aprobación del Senado.»

Que existió tal Lusitania Celtíbera lo prueba el testimonio unánime de varias fuentes veraces contemporáneas de aquella época; pero como era muy pequeña, fué absorbida por otras tribus colindantes; mientras la atlántica adquiría considerable extensión, hasta el punto de abarcar el territorio que hoy ocupan las provincias de Cáceres, Badajoz, Salamanca, Zamora y las dos Beiras. Esto explica que escritores romanos

que escribieron dos o tres siglos más tarde, con gran ignorancia de la Geografía Ibérica, no encontraron más que una Lusitania, y en ella situaron los hechos de Viriato, sin preocuparse de su inverosimilitud. Introdujeron, así, una confusión que había de perdurar durante veinte siglos.

El primero que luchó—y luchó a conciencia—para destruir esta equivocación, fué un docto catedrático del Instituto de Guadalajara—que lo había sido mío, años antes, en Badajoz—; el cual publicó un libro titulado *La Lusitania Celtibera*, repleto de argumentos de innegable fuerza probatoria. Desdichadamente, el libro tuvo poca difusión; recogiendo, sin embargo, su tesis Ballesteros en su *Historia* y la Enciclopedia *España-Calpe*.

Al repasar los dos libros de Arenas, el que acabo de citar y el siguiente: *Viriato no fué portugués, sino celtibero*, me duele el ímprobo trabajo de investigación que tuvo que tomarse para acopiar tantos argumentos acreditativos de que Viriato no guerreó contra los romanos en Portugal, sino en la Celtiberia. No los citaré yo aquí por su mucha extensión y, sobre todo, porque uno de ellos es irrefutable, y por tanto huelgan los demás. Documentos fidedignos, históricos y geográficos nos aseguran, con rara unanimidad, que, al iniciarse la guerra de Viriato y algunos años después, los romanos no habían puesto el pie en el actual Portugal, que sólo conocían por confusas referencias. Consta, por otra parte, que desde que el sabio y prudente Cónsul Catón ensanchó considerablemente la zona de influencia romana, en el 197, los límites de ésta se mantuvieron invariables hasta la rendición de Numancia, en el 133, siguiendo la línea que está marcada en la figura 1.<sup>a</sup>. Es innecesario probar que las luchas hispanorromanas del siglo II (a. C.) se riñeron en la Celtiberia. Lo contrario supondría trasladar la ciudad de Numancia a la costa atlántica, cosa que nadie osó.

#### EL TEATRO DE OPERACIONES (croquis núm. 2)

Las luchas contra Roma, iniciadas por los celtiberos entre el año 160 y el 150 a. de C., de las cuales las de Viriato constituyen un episodio destacado, tuvieron lugar en una región de la Celtiberia Ulterior u Occidental, el terreno de la cual aparecía más abrupto que el de la Citerior u Oriental; por ello, sus habitantes eran más pobres y más incultos, pero también más duros y sobrios, mejores guerreros. Basta comparar las sólidas murallas de sillería ciclópea de Tarragona y de Ampurias, con los débiles



muros de tapial de Numancia, para apreciar la diferencia en recursos y en conocimientos.

No toda la Ulterior fué teatro de operaciones en las guerras hispanorromanas del siglo II a. J. C., sino una parte de la misma. El principal teatro comprendía la totalidad de la actual provincia de Soria y la mayor parte de las de Zaragoza, Teruel, Guadalajara y Segovia; su perímetro pasaba aproximadamente por Segorbe, Aliaga, Montalbán, Zaragoza, Magallón, Aranda, Segovia, Arévalo, Sigüenza y Uclés. Respecto a Viriato, cuando las cosas marcharon bien, extendió éste su zona de operaciones por Castilla la Nueva y Andalucía. En la zona inicial—montañas de Alhama de Aragón—se desarrolla casi toda la vida conocida del caudillo. Allí inicia sus luchas, allí muere. Parece mentira que historiadores, como Masdeu y Lafuente, hayan aceptado, sin comprobarla, una afirmación atribuída por Appiano a Floro, causante de toda la errónea interpretación que se ha dado a las guerras de Viriato.

La pérdida de valiosas fuentes contemporáneas puede, tal vez, excusar el error. Consta se ocuparon de las luchas en la Celtiberia, con extensión, casi todos los escritores de aquella época, entre ellos Polibio y Tito Livio, de los que se perdió gran parte de la obra. Lo que de ella conocemos lo es a través de compendios o párrafos copiados por historiadores posteriores. De la de Diodoro, también se perdió parte. Sólo llegó íntegra la de Appiano, pero es prudente compulsarla con la de otros autores, ya que no siempre resulta veraz y desconoce la geografía peninsular. Afirma, por ejemplo, que «al Este de la península habitan los Galo-celtas y al Oeste, los Iberos y los Celtíberos».

Voy a permitirme una digresión, histórica-geográfica, conducente a orientar el lector respecto a la entrada de España en la Historia Universal en la época de las Guerras Púnicas, en las que nuestra patria fué teatro de operaciones y los españoles combatieron a favor de uno y otro beligerante. En esta escuela de guerra, nuestras tribus, naturalmente bravas, aprendieron táctica y se hicieron enemigos peligrosos.

La primera Guerra Púnica estalló el año 264 y finó el 240. El 226 se firmó un tratado, por el cual Roma se desentendía por el momento de Iberia. A Cartago, en cambio, interesaba ésta como base avanzada de partida para la genial maniobra de envolvimiento flanqueante de Aníbal. La segunda Guerra Púnica comienza el 218 y fina el 201. Completaré estos datos cronológicos con otros geográficos.

En contraste con la pérdida de las fuentes históricas han llegado íntegras hasta nuestros días las geográficas de la misma época, escritas



por Hesiodo, Fileas, Esteban de Bizancio, Stamilcon, Damasta, Scillas, Eufenion, Eforo, Piteas; y la mejor de todas, la llamada Periplo Masaliota, de autor desconocido (¿Eutomines?), escrita a fines del siglo VI (a. C.) y recopilada en verso, por Avieno el IV, con el título de *Ora Marítima*. Cerramos aquí la digresión.

#### LAS GUERRAS DE VIRIATO

Como toda insurrección digna de este nombre, la que sostuvo Viriato contra Roma tuvo las cuatro clásicas fases: a) Levantamiento y consolidación; b) Crecimiento y extensión superficial; c) Apogeo; d) Declinación. En las que tiene éxito favorable, el momento final es la Victoria. La zona de operaciones fué extendiéndose en las tres primeras fases, sin romper el cordón umbilical con la genitora.

El siglo II (a. C.) fué inquieto y activo en la Península Ibérica. Desde el año 193 reinaba un estado de inquietud y revuelta en la Bética, la región más romanizada y pacífica de la Península; al principio son sólo algaras esporádicas de las tribus insumisas contra las sometidas; las cuales algaras llegan, por fin, a coordinarse bajo la dirección de dos caudillos: Púnico y Cesaro, en el año 154.

El Cónsul Marcelo, hábil político, firma, el 152, un tratado de paz con los adversarios; pero sus cláusulas son violadas por los Cónsules llegados de Roma en el 150: Lúculo y Galba. Este, que fué cruel y sanguinario, convocó, en un lugar, para acordar las condiciones de un armisticio, a los habitantes varones de tres ciudades de la sierra de Idúbeda (montes de la cordillera Ibérica), y degolló a 7.000 de los 10.000 allí congregados. Uno de los que escaparon de esta alevosía fué Viriato, según testimonio concordante de varios escritores. Lúculo hizo una cosa parecida en Cauca—Coca—, degollando a traición a los que se habían rendido.

Los huídos, y otros que se hicieron solidarios en la sed de venganza, buscaron refugio en las fragosidades de las sierras celtíberas. Tras ellos marchó el Pretor Vectilio, obligándoles a acogerse a un recinto murado, sito en las Parameras de Molina de Aragón, en la tribu de los Lusones o Lusitanos, entre las fuentes del Jalón y las del Tajo. Asegiados allí, llegaron al trance de enviar emisarios al Pretor para que les fijara condiciones de capitulación.

En este triste momento, Viriato les ofrece salvarlos si le prometen obediencia; les levanta la moral y les hace recobrar la perdida esperan-

za, aclamándolo ellos por caudillo. Rompe Viriato, altanero, las negociaciones con Vectilio y, cumpliendo su palabra, les salva; rompiendo el cerco en una salida ofensiva; se dispersan luego, señalándoles Viriato, como punto de concentración, el poblado de Tribola o Turbola, capital de la tribu de los turboletas. Esto sucedió al comenzar el año 148.

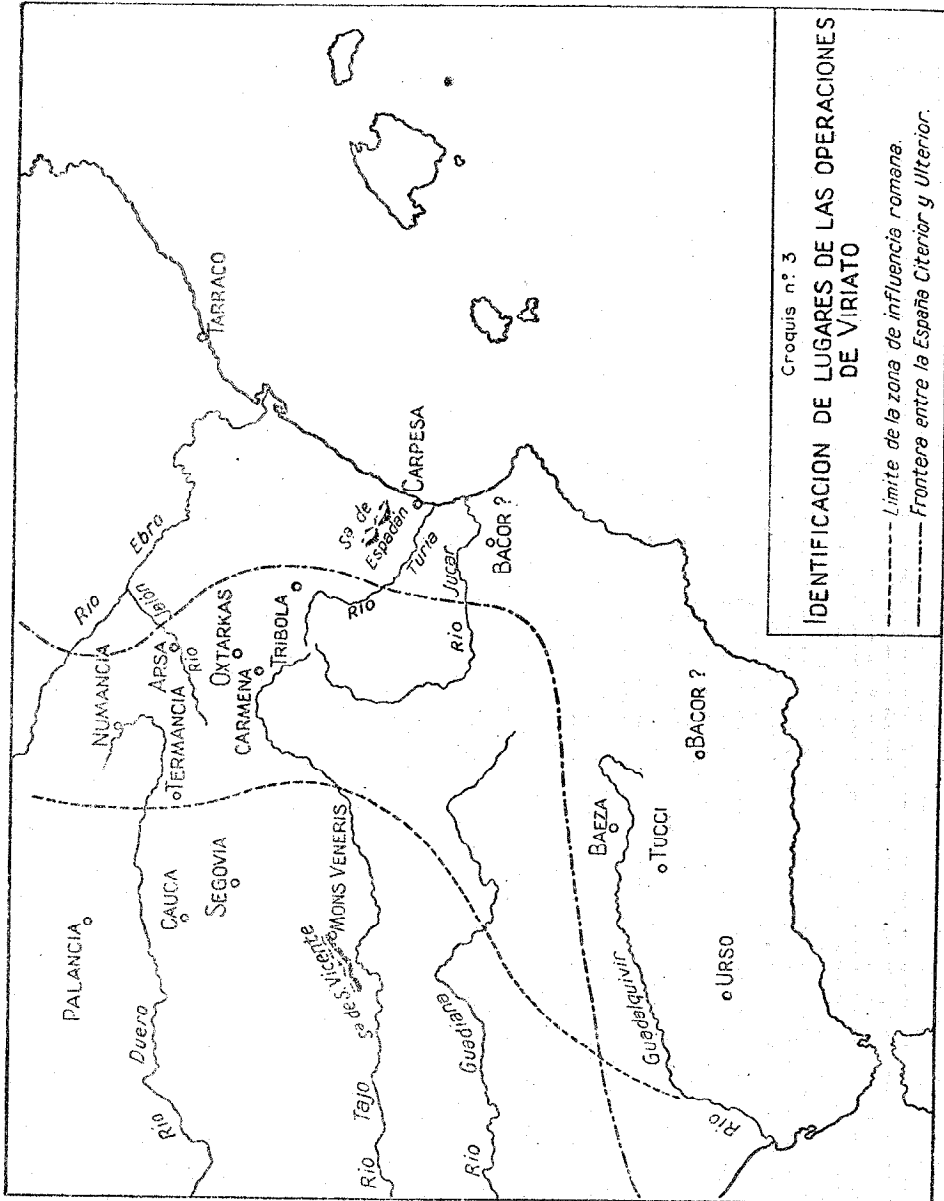
Marcha Vectilio contra Tribola. Viriato se apresta a recibirlo en una ventajosa posición, cercana al poblado, y lo derrota, causándole mil bajas de caballería y cuatro mil de infantería, por menos de un millar de su parte. Le obliga, en consecuencia, a retirarse y buscar refugio en Carpesa, cerca de la costa mediterránea. Al abrigo de sus murallas pasa el invierno.

Al llegar la primavera del 147, Vectilio pide refuerzos a las tribus aliadas de Roma; la de los bellos y la de los titos, le envían cinco mil guerreros. Viriato derrota a este refuerzo antes de incorporarse, y enseguida a las legiones de Vectilio, quedando éste prisionero; o muerto, según algunos autores.

Preocupada Roma por el cariz de los acontecimientos, envía, el año 146, al Cónsul Plaucio al frente de numeroso ejército. Viriato le presenta batalla apenas desembarcado; pero, ante la superioridad numérica y de armamento, hace una retirada estratégica, para hacerse fuerte en un reducto natural, Mons Veneris, situado a unos trescientos kilómetros al Oeste. Allí, cuando termina de reorganizar sus tropas, le sigue Plaucio, quien le presenta batalla; Viriato acepta y gana, lo que obliga al Cónsul romano a retirarse, con muchas pérdidas: «A invernar, en pleno verano», según ironiza un cronista.

Ninguno de los dos Cónsules llegados el año 145, Claudio Emiliano y Nigidio, osa enfrentarse, en campo raso, con el caudillo celtíbero, quien los hostiga continuamente. Entonces, Scipion mueve su gran influencia en Roma para lograr se nombre Jefe de la Citerior a su hermano Fabio Máximo. Este, sabio y prudente, desembarca en la Bética y pasa allí todo el primer año de los dos de su mando. En el 144 pretende atravesar el Puerto de Despeñaperros; mas, encontrándolo fuertemente defendido por Viriato, libra un combate de tanteo y se retira.

El pretor de la Ulterior, Quincio Pompeyo, hombre frívolo y enredador, harto tiene que hacer con la reciente sublevación de los numantinos, por lo que elude combatir contra Viriato, fracasando ante Termania y Numancia. El relativo descanso lo aprovecha nuestro héroe para ensanchar sus dominios, haciendo incursiones en la actual provincia de Jaén. Esta época es la de máxima gloria y poderío de Viriato. Fracasa



en su propuesta de que lo acaten como único jefe todas las tribus sublevadas; pero al menos consiguie establecer cierta coordinación de esfuerzos. Curio y Apuleyo, dos régulos aliados, le prestan el servicio de atacar por retaguardia a las tropas romanas, cuando se retiran hacia el Sur; lo que permite al lusón derrotar al Cónsul Serviliano y hacerle firmar una paz en Tucci, tan vergonzosa, que el Senado no la ratificó (año 141).

Le reemplaza al año siguiente su hermano Cepión, quien, tras un combate de vanguardias en Arsa, comprendiendo que no puede vencer a su adversario por las armas, acudió a la felonía de sobornar a tres traidores: Audax, Ditalcon y Minuro, y hacer que éstos lo asesinen mientras duerme: ¡Gran baldón para Roma!

#### LAS OPERACIONES EN EL MAPA (fig. 3.ª)

En el año 152 era pretor de la Hispania Citerior Marco Atinio y de la Ulterior Claudio Marcelo. Del primero, dice Appiano que obtuvo señalados triunfos, luchando contra los lusitanos, en Oxtarkas y en el país de los vetones, firmando con ellos un tratado de paz. ¿Dónde estaba situada esta tribu? No hay en toda la Península más nombre parecido, en su fonética y en su ortografía, que el del poblado celtíbero de Otzakas, del que se han encontrado monedas; las que, por su similitud con las de Bilbilis y Escárvicas, prueban que debía encontrarse entre el Tajo y el Jalón, en la tribu de los lusones. Corrobora esta situación el que, cuando Galba, sustituto de Atinio, apenas desembarcado en Tarraco, marcha contra estas tribus sublevadas, ha de recorrer treinta leguas; distancia que separa la costa de Albarracín y Molina. Floro dice también que «Galba luchó, con adversa fortuna, contra los lusones» y Appiano, que se apoderó de Carmena «y del país de los Vetones». La citada ciudad o poblado, hasta la época del Poema del Cid, sin cambiar de nombre, estaba situada en la Paramera de Molina de Aragón.

Los poblados con los que Galba cometió la felonía, consta, por Orosio y Eutropio, que se hallaban por aquella misma región, en la serraña de Idubeta. Los supervivientes de la matanza, al huir, buscarían probablemente un refugio próximo y seguro en las fragosidades de una sierra. Ninguna más a mano que el nudo de Albarracín o los montes de Molina. De allí los sacó Viriato, dándoles como punto de reunión Tribola o Turbola. Así se llamaba la capital de los Turbuletas; tribu situada al Poniente de Sagunto, muy cerca del Teruel moderno.

Vectilio, derrotado, se refugia en Carpesa: «ciudad amurallada, próxima al mar». No debía estar tampoco muy lejana de Tribola, pues una tropa castigada busca el más cercano asilo; a mayor abundamiento está comprobado que los contingentes enviados por los titos y los bellos, colindantes con los lusones, acuden en seguida en socorro del aliado romano. Próximo al Turia existe todavía un pueblo llamado Carpesa, que puede ser el lugar que buscamos.

Dedícase Viriato a extender la insurrección; pero al saber que había desembarcado Plaucio, con un gran ejército consular, acude a presentarle combate hacia la sierra de Cabal o la de Espadán. Derrotado, se retira, rompe el contacto con el enemigo y se fortifica en un reducto natural, Mons Veneris, sito, probablemente, en la Sierra de San Vicente, próxima a Escalona. Allí derrota a Plaucio. De las dos siguientes etapas consulares poco sabemos, porque los historiadores romanos pasan sobre ascuas tan vergonzoso período. No pueden omitir lo del tratado de Serviliano, ni dar cuenta de las correrías del Celtíbero por la Carpetania y la Orotania: del voluntario silencio escápanse algunos nombres: Segovia, Palencia, Baeza, Urso.

Fabio Máximo, después de un año de preparación, en el segundo de su consulado, avanza contra Viriato, quien se refugia en la fortaleza de Bacor o Baicor, que algún autor sitúa cerca de Baza y otros próxima a Enguera, en la actual provincia de Valencia.

El poblado de Tucci, que tantas veces sufre los horrores de la guerra, cambiando de dueño, por las fuentes que conocemos y por sus monedas, sabemos estaba situado donde hoy está la ciudad de Martos (Jaén). Allí la sitúa el itinerario de Antonino. Por último Arsa, teatro de un encuentro de vanguardias, parece deber situarse no lejos de Calatayud.

Murió Viriato vilmente asesinado, casi en el mismo sitio en que ocho años antes iniciara su gloriosa carrera, en plena tribu de los lusones. Su sepulcro habría que buscarlo en alguna de las muchas cuevas existentes en Villacabras, los Villares, o algún otro pueblo del Señorío de Molina; donde tal vez se encontrarían también ruinas de su altísima pira funeraria, alrededor de la cual riñeron cuatrocientos gladiadores solduris, como homenaje póstumo de una fidelidad superadora de la muerte. La de los juramentos de los devotis o solduris.

Con los datos que hemos podido comprobar, hemos situado, en el croquis número 2, la marcha de las operaciones de Viriato en sus fases sucesivas. Sin garantizar la exactitud en los detalles, creemos el conjunto bastante aproximado.